
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

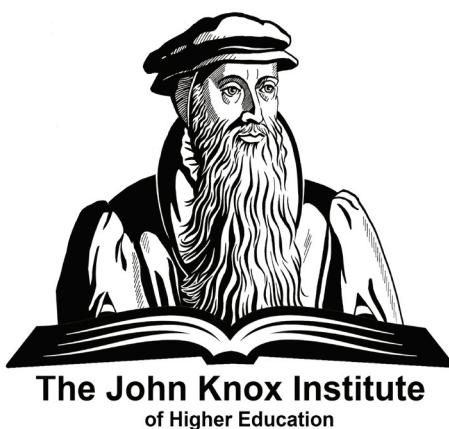
Lección 106:
Miqueas predica juicio
y misericordia

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 106

MIQUEAS PREDICA JUICIO Y MISERICORDIA

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 106

Poco se sabe sobre el trasfondo histórico o familiar de Miqueas. Sabemos dónde vivía, pero no sabemos cuál era su ocupación antes de convertirse en profeta. Miqueas fue contemporáneo de Oseas, Isaías y posiblemente Amós. Él vivió y profetizó durante el reinado de los reyes de Judá: Jotam, Acaz y Ezequías. A pesar que estos reyes reinaron durante unos 60 años, se cree que Miqueas solo profetizó en algún momento entre el 735 y 700 a. C.

Vivió en una zona agrícola, por lo que, a diferencia de Isaías, que era un hombre de ciudad, Miqueas era un hombre de campo y, como tal, parece que tenía poco o ningún interés en la política. Isaías estaba en estrecho contacto con los asuntos del mundo; Miqueas se centró más en cuestiones espirituales y morales. Sin embargo, ambos veían a Dios como el gobernante supremo de las naciones; ambos reconocían la majestad de Dios, y ambos enfatizaban que violar los principios de Dios traería juicio.

El nombre de Miqueas en hebreo significa «¿Quién como Jehová?». Era de la ciudad de Moreset, una aldea fronteriza al límite del territorio filisteo, a unos 32 km. al suroeste de Jerusalén. Como un habitante de una pequeña aldea, él podía identificarse tanto con los pobres como con los campesinos, víctimas de los invasores extranjeros, y oprimidos por los ricos y poderosos de su propio gobierno. Este fue un período de inestabilidad política y nacional durante la vida de Miqueas.

Los juicios de Dios se acercaban por medio de invasores extranjeros. El reino asirio había invadido con éxito el reino del norte de Israel, y tanto Judá como Israel tuvieron que pagarles tributo. También fue durante este tiempo que Jerusalén fue sitiada, pero... milagrosamente salvada gracias a la intervención divina.

A pesar de estos juicios y advertencias de varios profetas, la mayoría de los líderes religiosos y políticos continuaron oprimiendo a los pobres, y participando en prácticas que aumentaban su riqueza y posesiones materiales. El mensaje principal del libro de Miqueas podría resumirse bajo el lema: «Juicio ahora; bendiciones después».

Miqueas se dirige tanto al mundo en general como a Jerusalén y Samaria en particular. Sus mensajes están dirigidos para los gobernantes injustos, los falsos profetas, los

ricos opresores, los mercaderes deshonestos, y los embaucadores de tierras. Aunque el tema principal se divide convenientemente en dos partes, una mirada más minuciosa del libro revela alrededor de 20 mensajes distintos: desde «el Señor viene» (1:2-7) hasta «la promesa de restauración» (7:10-13).

El contenido del libro es consistente con el de sus contemporáneos: porque por los pecados del pueblo, Dios traería juicio sobre la tierra, a través de los invasores extranjeros. Sin embargo, por la misericordia del pacto de Dios, Él también traería de regreso a un remanente, y establecería paz otra vez.

Al mismo tiempo, el significado espiritual de estas profecías no debe pasarse por alto, ya que también hablan de la restauración de un pecador por la gracia de Dios. Veamos más de cerca la profecía en sí.

Al comenzar el libro, podemos ver rápidamente que el mensaje de Miqueas es tanto para Israel como para Judá. Sus mensajes comienzan con el imperativo «Oíd». Él quiere que el pueblo, todo el pueblo, escuche su mensaje de parte del Señor. Él dice: «Oíd, pueblos todos; está atenta, tierra y la plenitud de ella; y el Señor Jehová sea testigo contra vosotros, el Señor desde su santo templo. Porque, he aquí, Jehová sale de su lugar, y descenderá y caminará sobre las alturas de la tierra».

El Señor viene con juicio, y ¿cuál es el pecado de ellos? Miqueas menciona las capitales, Samaria y Jerusalén, junto con sus lugares altos. El pecado es la idolatría, y el Señor dice: «Pondré, pues, a Samaria como montones de ruinas en el campo, como plantío de viñas; y derramaré sus piedras por el valle y descubriré sus fundamentos». Samaria se situaba en una colina con un valle abajo. Los primeros exploradores y arqueólogos confirman que esta profecía se cumplió literalmente, ya que afirmaron haber hallado montones de piedras que habían sido arrojadas al valle.

Miqueas describe su juicio como una llaga dolorosa, que si no se trata a tiempo se extenderá por todo el cuerpo. De la misma manera, el juicio de Dios también llegará a Jerusalén. El primer capítulo termina con la certeza del cautiverio.

En el segundo capítulo, Miqueas expone algunos pecados adicionales y específicos. Él señala cómo los poderosos, los nobles, planean el mal durante toda la noche y, cuando se despiertan, llevan a cabo sus planes impíos. Ellos están apoderándose de propiedades que no les corresponden, solo porque quieren. Están adueñándose de las propiedades y las casas con violencia, solo porque pueden hacerlo. Miqueas les dice que lo mismo les sucederá a ellos. Él no dice quiénes, pero nosotros sabemos que serán los asirios los que tomarán posesión de estas casas y propiedades.

Además, el pueblo no quiere oír las palabras de los verdaderos profetas; les dicen a los profetas que no hablen, y también los maltratan. Y debido a que rechazan a los verdaderos profetas y aceptan a los falsos profetas, serán destruidos. Y, sin embargo, este

capítulo termina con una maravillosa promesa: «De cierto te reuniré todo, oh Jacob; de cierto recogeré el remanente de Israel; lo pondré junto como ovejas de Bosra, como rebaño en mitad de su majada, y harán estruendo por la multitud de los hombres Subirá el que abre brecha delante de ellos; abrirán brecha y pasarán la puerta, y saldrán por ella; y su rey pasará delante de ellos, y a la cabeza de ellos irá Jehová».

¿Puedes ver el evangelio aquí? Nosotros no somos diferentes de Judá e Israel, por naturaleza, y, sin embargo, el evangelio llega a todos los que escuchan la Palabra de Dios. Israel y Judá no escucharon el mensaje que se les envió. ¿Estamos nosotros escuchando y obedeciendo los mensajes que recibimos a través de la predicación del evangelio?

El capítulo 3 es una clara condena a los líderes de Israel. Primero, Miqueas se dirige a los líderes civiles. Hoy los llamaríamos los funcionarios del gobierno. A estos líderes se les confía la dirección del país y el mantenimiento de la ley y el orden. Pero, ¿qué está sucediendo aquí? Miqueas los describe como aquellos que «aborrecen lo bueno y aman lo malo, que quitan la piel y la carne de sobre los huesos, que comen asimismo la carne de mi pueblo y desollan su piel de sobre ellos, y quebrantan sus huesos y los desmenuzan, como para el caldero y como carne en la olla».

Aborrecer el bien y amar el mal debe tomarse en forma literal. A los líderes no les importa lo correcto y lo incorrecto; solo hacen lo que quieren. Pero el resto de la oración es claramente figurativa: los israelitas no eran caníbales. Pero el trato de los gobernantes hacia el pueblo al que oprimían era tan malo que, cuando les llegue el turno de ser oprimidos, Dios no los escucharía.

Luego, Miqueas se dirige a los líderes religiosos y los acusa de hacer que el pueblo se extravíe al llevarlos por el mal camino. Ellos son culpables de apoyar a los falsos profetas y de condenar a los verdaderos profetas, y Miqueas les recuerda que él es el único que está siendo guiado por el Espíritu de Dios. Y como los líderes civiles están escuchando a los líderes religiosos, engañados por los falsos profetas, pronto se quedarán sin profetas.

El capítulo termina con una repetición del juicio venidero, y esta vez se incluye específicamente a Jerusalén: «Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas y el monte de la casa como cumbres de bosque».

El tema cambia en los capítulos 4 y 5, donde Miqueas se enfoca en la futura exaltación de Sion. Él dice: «Y acontecerá en los posteriores días que el monte de la casa de Jehová será confirmado como cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados, y correrán a él los pueblos. Y vendrán muchas naciones y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará acerca de sus caminos, y andaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de

Jehová». Este es un gran ejemplo de una profecía mesiánica. Esto no se refiere a una restauración física de Jerusalén, sino más bien al evangelio, como dice en Lucas 24: «y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén». También parece que parte de la profecía hacia el final del capítulo se refiere a Israel propiamente dicho, ya que el Señor finalmente derrotaría a sus enemigos y lo liberaría.

Ahora Miqueas presenta la controversia que Dios tiene con Su pueblo. Se lee casi como un caso judicial, donde el fiscal está presentando sus argumentos iniciales. Dios pregunta directamente: «Pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué te he molestado? Responde contra mí». Les recuerda que los había liberado de Egipto. Les recuerda acerca de Balac y Balaam. Entonces, ¿qué debían hacer a causa de su pecado? Dios no les había hecho nada más que el bien.

¿Quería Dios miles de carneros? ¿Quería a sus primogénitos? La respuesta es bastante simple, pero a la vez muy profunda: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno y lo que pide de ti Jehová: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte para andar con tu Dios». Eso es lo que el Señor requería de ellos, y eso es lo que no estaban haciendo. Así que, una vez más, Miqueas les expone el juicio venidero.

El capítulo 7 comienza con una lamentación. Parece ser una exasperación en grado sumo: «¡Ay de mí!, que he venido a ser como cuando han recogido los frutos del verano, como cuando han rebuscado después de la vendimia, que no hay racimo para comer; mi alma deseó los primeros frutos. El misericordioso pereció de la tierra, y no hay recto entre los hombres; todos ellos acechan para derramar sangre, cada cual tiende red a su hermano. Para completar la maldad con sus manos, el príncipe demanda y el juez juzga por recompensa; y el grande habla el antojo de su alma, y lo confirman».

Estos son los mismos pecados mencionados anteriormente, solo que en otras palabras. Miqueas dice: «Pero yo miraré a Jehová, esperaré al Dios de mi salvación; mi Dios me oirá. Tú, enemiga mía, no te alegres de mí, pues aunque caí, me levantaré; aunque more en tinieblas, Jehová será mi luz. La ira de Jehová soportaré, porque pequé contra él, hasta que juzgue mi causa y establezca mi derecho; él me sacará a la luz, veré su justicia». Esta es una confesión. Miqueas sabe que él también es un pecador, y sabe que él puede ser maltratado o abusado a causa del mensaje que está trayendo. Pero también sabe que puede confiar en el Señor para todas las cosas.

Miqueas concluye con una palabra de esperanza. Hace una oración final, y luego alaba a Dios: «¿Qué Dios hay como nuestro Dios, —pregunta Miqueas— que perdona la iniquidad, que olvida el pecado, que se complace en la misericordia, que se compadecerá de nosotros, echando nuestros pecados al mar, y nos dará la verdad y la misericordia». ¿Es este mismo Dios nuestra única esperanza?